

postrado. Inmediatamente y por su propio movimiento, despojándose de los adornos imperiales se arrodilló regando el suelo con sus lágrimas, y golpeándose el pecho principió á orar, y repitió largo tiempo en amargura de su corazón aquellas palabras de David: «permaneci tendido sobre el pavimento, oh Dios mio, restituidme la vida segun vuestras promesas.» Deshaciase entretanto en lágrimas el pueblo y oraba con su piadoso emperador. El obispo más enternecido que ninguno creyó que en estas circunstancias podia dispensar las reglas comunes, que solo concedian en la muerte la gracia de la reconciliacion por el delito de homicidio; y esto fué lo que le inspiró al ilustre penitente que tuviese un dolor más vivo de su culpa en todo el resto de su vida.

Después de este rasgo de edificacion, apoyado San Ambrosio en la autoridad y ejemplo del soberano, hizo reflorar con mayor esplendor la disciplina e inocencia en su iglesia. Administraba él en persona la penitencia, no solo por los pecados de escándalo, en calidad de ministro de la penitencia pública, la que en Occidente no habia otro que la administrase de oficio más que el obispo, sino que aunque tenia entre sus sacerdotes coadjutores dignos para la administracion de la penitencia secreta ó de la confesion, se dedicaba constantemente á ejercerla con toda clase de penitentes. Siempre que algun pecador, dice el diácono Paulino (1), le habia confesado sus culpas para recibir la penitencia, lloraba tanto, que el penitente no podia menos de hacer lo mismo y entrar en los sentimientos de un padre que se compadecia de la desgracia de sus hijos. Por las reflexiones de este historiador, aparece evidentemente que se trata de la confesion auricular de las culpas secretas ó de

los pecados, de que el ministro sagrado no podia hablar, como se esplica Paulino, sino á solo Dios. Los obispos, á lo menos los de la virtud de San Ambrosio, eran todavia en Occidente los administradores más ordinarios de este sacramento.

En esto presenta alguna diferencia en Oriente la disciplina. Habian establecido los obispos en cada iglesia un sacerdote penitenciarío, en quien por lo menos se descargaban del exámen de los penitentes (1). Su cargo era oír las confesiones de los que podian necesitar de su ministerio particular. Para este efecto se le escogia de una discrecion y de una prudencia señalada entre todos los demás ministros de la reconciliacion. Oía á todos los que acudian á acusarse; y segun la gravedad y naturaleza de sus culpas, ó los sujetaba á la penitencia pública, ó les prescribia lo que debian practicar en particular antes de recibir la Eucaristia. Algunas veces estos penitentes se acusaban en público de un pecado secreto para escitarse más á la humildad y á la compuncion.

En la iglesia de Constantinopla sucedió, que una muger distinguida que se habia abandonado hasta cometer un pecado vergonzoso con un diácono, vino á hacer una confesion general de todos sus desórdenes; y por un fervor indiscreto que el penitenciarío no tuvo la prudencia de contener, ó declaró públicamente este pecado escandaloso, ó á lo menos le dió á conocer por la naturaleza misma de las penitencias y satisfacciones que cumplia en público. Grande fué el escándalo y el oprobio que recayó sobre todo el clero. El obispo Nectario poco versado en las materias canónicas, y más perplejo que ningun otro en este caso espinoso, tomó consejo de un tal Eudemon, que se sospecha haber sido adicto á los no-

(1) Sozom. hist. lib. 7, cap. 16.

vacianos; enemigos de las prácticas de la penitencia.

Respecto al historiador Sócrates, que no deja de aplaudir esta conducta, parece injusto, á lo menos por este fundamento, el acusarle de novacianismo (1). Solo quiere censurar las confesiones imprudentes y públicas de las culpas secretas; casi lo mismo se ve en Sozomeno, el que se esplica con más claridad. «Es creible, dice este, que los prelados juzgaron desde el principio que era una cosa odiosa el publicar sus delitos ante toda la Iglesia y como en un teatro.» Pone por principio, que Dios ha ordenado conceder el perdón á los que se arrepientan, por más frecuentes que hayan sido sus caidas. Y confundiendo tantos siglos antes la heregia de los sacramentarios, con motivo de este suceso, añade, «que la confesion es necesaria para obtener el perdón de los pecados (2).»

Más volvamos á Nectario. Por consejo de Eudemon suprimió el oficio del sacerdote penitenciarío, y dejó, dice Sócrates, á la libertad de cada uno el participar de los divinos misterios segun el impulso de su conciencia: lo cual se entiende naturalmente de la confesion pública de algunos pecados secretos, confesion que este penitenciarío tenia derecho de prescribir. Siguieron el ejemplo de la ciudad imperial la mayor parte de las iglesias de Oriente, es decir, que volvieron á la costumbre antigua conservada por los occidentales, y que el obispo tomó por sí mismo la inspeccion del grande objeto de la penitencia en sí misma. Por toda la serie de la historia, así como por el testimonio de Sozomeno, es constante que la supresion del sacerdote penitenciarío no perjudicó de manera alguna á la confesion secreta usada desde el nacimiento de la

Iglesia, ni aun á la penitencia pública practicada por largo tiempo despues de este suceso en la iglesia misma de Constantinopla. A vista de estos hechos ¿no aparece bien claramente cuánta es la temeridad de los hereges reformadores, que entre las instituciones divinas no perdonan á la más capaz de servir de freno al desorden de las pasiones?

Miraba siempre San Gregorio Nacianceno con mucho interés la iglesia en que le habia sucedido Nectario, y olvidando sin trabajo los disgustos que le habian restituido su libertad, solo se acordaba de su sucesor para ayudarle con sus consejos y conocimientos. Escribióle desde el fondo de su retiro, animando su vigilancia y su celo contra los sectarios, especialmente contra los apolinaristas que tenian muy libremente sus asambleas. Instábale para que hiciese conocer á la corte, que en vano seria la benevolencia imperial con la Iglesia y el descrédito de los demás errores, si este pudiera lisongearse de prevalecer. Créese con razon que estos pasos influyeron en la orden que publicó Teodosio para echar de las ciudades á los hereges en general, y con especialidad á los sectarios de Apolinar, como tambien el haber tomado otras medidas más eficaces para impedir que se multiplicasen.

Tal fué uno de los postreros frutos del celo episcopal de Gregorio, retirado entonces sin pesar y sin ambicion en la soledad de Arianzo, su pais nativo. Un huerto, una fuente y unos árboles plantados por sus padres, le daban placeres más dulces y más puros que cuantos hubiera podido gozar en los palacios de la capital. No tenia más penalidades que la que experimentaba, á pesar de su senectud, en los combates aun muy fuertes y muy frecuentes de la carne contra el espíritu; de lo cual se lamenta algunas veces en las poesias piadosas á que

(1) Socrat. hist. lib. 5, cap. 19.

(2) Sozom. hist. lib. 7, c. 16.

dedicaba sus momentos de ocio; y su humildad le hace repetir frecuentemente, que aunque era virgen en el cuerpo, temblaba de no serlo de espíritu. Sus enfermedades continuas y su extrema vejez no le parecían un preservativo suficiente. Con el mismo fervor que en la edad mas vigorosa, y derramando abundantes lágrimas, se dedicaba con la mayor asiduidad á la oracion, á hacer actos de confianza en Dios y de desconfianza de sí mismo, y á todos los ejercicios de la mas austera mortificacion. Una estera era su lecho, su cobertor un toseo saco, y su vestido una simple túnica en todas las estaciones. Nunca encendia lumbre, andaba siempre descalzo, y solo conversaba con los habitantes de los cielos. Sobre todo evitaba con grande circunspeccion la sociedad y aun la vista de las mugeres. Habiendo ido uno de sus parientes, llamado Valentiniano, á vivir con unas señoras en frente de su morada, abandonó por esta vecindad una tierra donde por largo tiempo habia tenido el inocente placer de cultivarla con sus manos. En su último retiro, la poesía sagrada fué su ocupacion mas ordinaria. Ademas del ejercicio de la penitencia que hallaba en la composicion difícil de los versos, se proponia sustituir sus piadosas producciones, tanto á los versos del herege Apolinar, como á los de los poetas licenciosos del paganismo, y hacer ver que el vicio no ofrece á las musas un campo mas favorable que la virtud (1). Asi finó dulcemente su carrera este ilustre doctor, á la edad de noventa años, en 391. Su valimiento para con el Señor fué tan bien conocido aun antes de su muerte, que desde entonces se imploraba su socorro en las enfermedades, y espelió muchas veces los demonios á la primera invocacion del nombre de Jesus. Aun viven sus talentos en sus

(1) Greg. Naz. Carm. 59 etc.

obras tan constante y universalmente elogiadas por lo sublime de los pensamientos, por la nobleza de su estilo, por la fuerza del raciocinio y por la profundidad y exactitud incomparable de la doctrina.

En el mismo año volvió á Constantinopla el emperador Teodosio, despues de haber pasado tres años en Italia, donde dejó á Valentiniano, á quien acababa de restablecer y afirmar en su trono. Teodosio habia mandado á los monges por una ley formal que se retirasen á los lugares campestres y no se fijasen ni aun se detuviesen en las ciudades. Acudian allí á importunar á los jueces para que no condenasen á muerte á los malhechores, y muchas veces para derribar tumultuariamente los ídolos y hacer una guerra indiscreta á los paganos. Sobre todo en Oriente sucedian estas imprudencias, habiéndose aumentado extraordinariamente los solitarios y cenobitas en Egipto y en Siria. Cuando el emperador pudo ver las cosas por sí mismo y velar mas inmediatamente por la conservacion del buen orden, modificó una prohibicion que parecia echar una especie de mancha sobre estado religioso, y concedió de nuevo á los que profesaban la entrada libre en las ciudades, pero fué mucho mas cuidadoso en distinguir entre ellos los sugetos dignos de los indignos, y especialmente en reprimir la licencia de los vagabundos intrigantes que abusaban de la mas santa de las profesiones para sus miras particulares y á veces criminales.

Bajo el nombre de monges, tan respetado en aquella época, se ocultaban tambien los hereges llamados en siriaco *masalianos* y en griego *euchítas*, esto es, orantes, porque hacian consistir toda la religion en sola la oracion. Habíalos de dos clases: unos eran verdaderos paganos, sin tener cosa alguna de comun con los fieles, sino algunos pocos usos exteriores de la Iglesia que se apropiaban. Tambien reconocian

muchos dioses, aunque no adoraban sino á uno solo, que llamaban el Dios Supremo ó el Altísimo. Se cree que estos sectarios son los mismos que los upsistarios ó adoradores del Altísimo. Llamóseles tambien eufemitas, de una palabra que significa alabanza, á causa de ciertos cánticos en honor de Dios que cantaban perpetuamente en sus juntas. Algunos de estos fueron llamados *satanianos*, por el horrible culto que el miedo de los demonios les hacia dar á estas malélicas potestades.

Es muy incierto el origen de los *masalianos* que se llamaban cristianos. Su error lo atribuye San Epifanio (1) á la grosera simplicidad de algunas personas del comun, que tomaban sobrado á la letra el precepto de abandonarlo todo por seguir á Jesucristo. En efecto, lo dejaban todo y tenian despues una vida ociosa y vagabunda, pidiendo limosna y viviendo mezclados hombres y mugeres, hasta dormir así en las calles durante el estío. Reprobaban como malo el trabajo de manos, abusando de aquellas palabras del Salvador: «Trabajad, no por el alimento que perece sino por el que permanece eternamente.» Debemos advertir que San Epifanio, que con este motivo declama contra la mendicidad, solo censura la que vive ociosa; y que lo que dice no se puede aplicar á las órdenes mendicantes aprobadas por la Iglesia. Tomaban tambien los *masalianos* el precepto de la oracion continua en todo el rigor de la letra; y llevaban hasta tal punto su bservancia, como ellos la llamaban, que caian en los escesos mas ridículos y en otras mil extravagancias, hasta alabarse de que veian por sus propios ojos la Trinidad Santísima. Dormian la mayor parte del dia, y despues contaban sus sueños como otras tantas revelaciones ó profecias. La Eucaristía, la Penitencia, todos los sacramentos é institu-

(1) Epiph. haer. 80, n. 1.

ciones mas sagradas y divinas eran para ellos cosas indiferentes. Toda su religion la formaba sola la oracion, y en sus oraciones se agitaban, temblaban, se revolvia á un lado y otro y se abandonaban á los movimientos convulsivos mas indecentes. Lo pormenores que el pudor nos obliga á omitir serian increíbles, si despues del testimonio del santo obispo de Salamina no hubiésemos visto en naciones y en tiempos que se creian mucho mas ilustrados la renovacion de los mismos errores bajo la máscara de reforma y de rigorismo. Fueron condenados en Concilio estos hereges, primero en Antioquia, por la solicitud del obispo Flaviano, y con mas solemnidad en Iconio, de donde el santo obispo Anfiloquio envió una relacion á este patriarca.

No obstante seguia el cisma en Antioquia, ó para hablar con mas propiedad, la division de los fieles en dos rebaños, cada uno con su pastor, y sumisos ambos tanto á la verdadera fé como á la autoridad de la Cabeza universal de la Iglesia, de la cual no habian sido separados con excomunion. Aparece esto evidentemente del Concilio general de Constantinopla, donde vimos que los Padres de estos dos partidos comunicaban juntos sin ninguna dificultad. Habiendo muerto Paulino, los fieles de su partido no quisieron reconocer á Flaviano; y solo entonces, si hemos de dar mas crédito á Sócrates y Sozomeno que á Todoreto, acusado de prevencion por Baronio, eligieron un nuevo pastor en la persona de Evagrio, que era amigo de San Gerónimo y de una familia muy distinguida en Siria. Clamaron los partidarios de Flaviano diciendo que se habian quebrantado las leyes de la union y concordia; pero los de Evagrio contestaron que su rival no habia temido violar el juramento hecho, segun afirmaban, antes de su eleccion, de no dar sucesor á Melecio en vida de Paulino. Aunque Flaviano

no tenía á su favor un Concilio, recibido después como ecuménico; no obstante, unos y otros se apoyaban sobre los defectos verdaderos ó supuestos de la ordenación de su concurrente, mucho más que sobre la regularidad de la suya propia (1). Dice también Teodoro, que los occidentales, á quienes agrega los egipcios, reconocieron á Evagrio interinamente; pero Sócrates y Sozomeno no hablan aquí ni de los de Egipto ni de los de Occidente, y San Ambrosio testifica terminantemente la neutralidad de los egipcios. Efectivamente, se ve que unos y otros no tenían otro objeto que la paz, á la cual esta parcialidad hubiera puesto los mayores obstáculos.

Convocóse un Concilio en Cápua en el año 591, adonde fué citado Flaviano, y halló medio de no concurrir con pretestos que no se tuvieron por suficientes. Temiendo no obstante sobre todo los Padres del Concilio causar un cisma y añadir la realidad á la apariencia, resolvieron no rehusar la comunión con ninguno de los orientales que profesase la fé católica, aunque los unos estuviesen por Flaviano y los otros por Evagrio (2); mas para no omitir cosa alguna que pudiese acabar estas disensiones, cometieron su conocimiento á Teófilo, sucesor de Timoteo en la silla de Alejandria, ya fuese por la dignidad de su iglesia, ó ya por su imparcialidad que le hacia uno de los más propios para este arbitraje (3). Se trataba de juzgar con sus sufragáneos, pero de tal modo que su sentencia debía ser confirmada por el Pontífice de la Silla Apostólica: disposiciones que admitieron todos unánimemente, porque el respeto á esta Silla estaba hondamente grabado en el espíritu de los primeros prelados así de Oriente

(1) Ambr. Epist. 56, n. 6.

(2) Ib. n. 2.

(3) Ib. n. 7.

como de Occidente; pero Flaviano evitó el juicio de Teófilo, lo mismo que el del Concilio de Cápua: lo cual escandalizó á algunos de los más santos y más sábios obispos, indispuso á muchos y descontentó grandemente al emperador.

San Ambrosio, escribiendo al patriarca de Alejandria, se esplicó acerca de esto en los términos más fuertes (1). A Flaviano le acusó de una temeridad sin ejemplo, y de aniquilar por sí solo la virtud de las leyes y de la unidad sacerdotal. Muestra en la misma Epistola la parte que tuvo el Papa Siricio en el Concilio de Cápua. Véase aquí la traducción literal de este pasaje del santo arzobispo, harto mal traducido por algunos de los más famosos escritores franceses: «Nosotros creemos sin duda que es indispensable referir vuestro juicio á nuestro santo hermano el Obispo de la Iglesia Romana; porque presumimos que las disposiciones serán tales, que no podrán desagradarle. Así conseguireis que vuestra sentencia tenga un resultado feliz; así asegurareis el reposo y la paz, pronunciando un decreto que no ocasione inquietud en nuestra comunión. Por lo que respecta á nosotros, cuando recibamos las actas de vuestra decisión, y llegue á nuestro conocimiento que la Iglesia Romana ha aprobado seguramente lo que se haya hecho, recogeremos con alegría los frutos de vuestros trabajos.» Estas son las palabras de San Ambrosio, que se cree presidió al Concilio de Cápua, y que fué uno de los más versados en todo este negocio; mas sin recurrir á este testimonio, ¿con qué título un Concilio particular celebrado en Occidente y que no estuviere autorizado por la Cabeza de la Iglesia, pudiera haber conocido en las causas más importantes, cuyas partes le eran estrañas? ¿Con qué derecho las habria co-

(1) Ambr. Epist. 56, n. 7.

metido á otros jueces, y sobre todo tales como el patriarca de Alejandria?

De la misma manera que San Ambrosio juzgó de Flaviano el Papa, y escribió del modo más eficaz al emperador Teodosio para que hiciese más dócil á este obispo, súbdito suyo, de quien también á su vez se quejaba Teófilo. Así las cosas, la muerte de Evagrio vino á producir ó preparar la decisión de este grande negocio. No reconocieron aún á Flaviano los fieles de su partido; mas este hizo de suerte que no se les diese un nuevo obispo.

Entretanto el patriarca de Alejandria puso todo su conato en extinguir la idolatría en Egipto, que era su último asilo después de haber sido su cuna. Acababa de obtener del fisco un templo antiguo de Baco, para aumentar las iglesias al paso que crecía la multitud de los fieles; y cabando en los subterráneos, que se suponían sagrados y adonde solo los iniciados tenían derecho de entrar, se encontraron figuras infames y grotescas que el patriarca hizo llevar por toda la ciudad, y dejarlas después expuestas al público para avergonzar á los paganos y desacreditar el paganismo. Quedaron con esto más irritados que confundidos los filósofos; y el pueblo idólatra se enfureció de modo que en un momento toda la ciudad se puso en armas. Después de haber pasado á cuchillo á innumerables fieles se retiraron los paganos al templo de Sérapis como á su baluarte; y desde allí haciendo salidas imprevistas, y arrebatando á los cristianos que podían sorprender, obligaban á los débiles á sacrificar, crucificaban á otros, quebrábanles las piernas y los echaban medio muertos en las cloacas destinadas á recibir las inmundicias y la sangre de las víctimas.

Este templo de Sérapis, uno de los más señalados del paganismo, estaba edificado sobre un terraplen muy espacioso de forma cuadrada: habia que subir más de cien

escalones para llegar á la plataforma: el terraplen, todo de bóveda, estaba distribuido en diversas oficinas ó camaras que recibían la luz por lo alto: cuatro galerías inmensas formaban sobre el terraplen un patio también cuadrado, en medio del cual se alzaba hasta las nubes este templo inmenso edificado todo del mármol más hermoso, y sostenido de soberbias columnas de jaspe y pórfido: el interior estaba cubierto de alto á bajo de planchas de cobre dorado, bajo las cuales, se dice, que habia otras de plata, y debajo de estas otras de oro macizo: riqueza por consiguiente inútil á la decoración del edificio en lo presente, pero de la que alegaban los paganos muchas razones misteriosas para un porvenir al que jamás llegó (1).

La figura del dios Sérapis era la de un hombre venerable, con una lengua barba y larga cabellera, y de una estatura tan gigantesca, que con sus dos manos tocaba las dos paredes colaterales. Véase cerca de él otra figura monstruosa, que tenía tres cabezas: la del medio, que era la mayor, era de león; la del lado derecho, de un perro que halaga; y la del izquierdo de un lobo rapaz. Un enorme dragon que cubria con sus vueltas tortuosas el tronco comun de estos tres animales, reposaba su cabeza en la mano del idolo, el cual tenía sobre su propia cabeza una medida: lo cual ha hecho creer que figuraba al Patriarca José, al cual los egipcios supersticiosos tributaron después de su muerte honores divinos á causa de la abundancia que les habia proporcionado en medio de la esterilidad. En la composición de esta estatua entraban piezas de madera de todo género, cubiertas de metales y de toda especie de pedrerías; y en esta mezcla se pretendía haber también mucho misterio. Estaba pintada de un azul, que el tiempo habia ennegrecido;

(1) Rufin. hist. lib. 11, c. 23.